

# En la muerte del Libertador

“Detuvo el reloj su andar...”

De un solo cuerpo es el edificio de la antañona casa. Sus paredes enjalbegadas con sutil esmero, contrastan con los negros techos de pizarra de forma triangular. Al patio interior llega la sombra móvil de una acacia blanca. El jardín que rodea la casa, cuidado está con esmero: no hay en él un solo rincón sin arreglar. Dalias coquetonas de varios colores, de tallo ágil y elegante, llenan de policromía el conjunto.

Una de las habitaciones de la planta alta, la que al norte mira, es donde reside habitualmente el viejo jefe de familia. Hace días que no sale de su cuarto. Los chicuelos de la calle des Veillards, que le han visto tantas veces pasar, apoyado en su bastón, siguiendo el camino que lo lleva hasta los peñascos de la costa; y permanecer allí, la mirada perdida en la lejanía, mirando a través de las aguas del Canal de la Mancha los acantilados de la costa inglesa; debieron notar su ausencia. ¡Tiene una cara de bueno ese hombre de cabello blanco! Desde el día trece, poco después de su regreso de los baños de Enghien, no se encendía la chimenea de su despacho, porque la temperatura era agradable.

Allí, frente a la ventana se sentaba todos los días. Poco tiempo estuvo lejos y en verdad que fueron agradables los momentos de charla con el gentilísimo don Félix Frías, en los Baños! ¡Cómo que no era poca ventura poder departir sobre la tierra lejana con un compatriota, poder hablar sobre temas siempre recordados y queridos, de los bosques tucumanos, las chacras mendocinas, las ubérrimas huertas cuyanas. Los baños, los paseos y las amables tertulias le hicieron mucho bien. Estaba más aliviado y sereno. Pero cuando al promediar la semana quiso hacer un paseo en carruaje, porque las fuerzas y la vista le flaqueaban; comprendió que ya no iba a poder abandonar más su hogar. ¡Y sin embargo era terrible soportar esa angustia, demostrar que estaba mejor para no apenar a su bien amada Merceditas!

Aunque quisiera él ocultarlo, bien lo entendía ella como hija, como mujer, y no vivía alejada de su dolor... Llegábase hasta su cama, y presintiendo cuanto sufría, adivinando sus penas y torturas, reflejados en ese rostro adorable al que la aureola de cabellos canos hacía más hermoso y noble aún; pasaba sus manos suave por sus cabellos, por su cara, mirándolo, acariciándolo con todo mimo, deteniéndose en cada arruga del rostro amadísimo, como queriendo robar en cada una de sus células, un poco del profundo mal que minaba al glorioso anciano. Brillaron una vez más esos ojos de infinita bondad, se alzaron los brazos de la colcha, y detuvieron la mano que acariciaba. Con su voz más dulce, velada por la emoción y el cariño, en el hermoso idioma francés que tan bien hablaba, musitó despaciosamente:

—“C'est l'orage qui mène au port”.

¡La tormenta que lleva al puerto! ¡Tremenda verdad! ¡La tempestad del fin, la tormenta que le llevaba a puerto seguro, la tormenta que le prodigaba el mejor de los refugios! ¡Puerto y refugio pleno de ensueños, aunque remoto de las amadas tierras americanas!

Con la misma angustia pasaron cuatro días. Interminables, lentos y crueles. Para sí, para quienes lo amaban.

¡Con qué sublime abnegación le rodeaban todos en la antañona casa! Mercedes se desvivía por él, se multiplicaba, se deshacía en mimos, en cariños; con su más tierna voz lefale los días, porque para él era una fiesta saber cuanto pasaba en el mundo...

Frente a la ventana abierta, corridas las persianas, el sol llenaba de luz el bien ordenado cuarto y una brisa saturada de yodo, aromaba el ambiente. Agitábanse las cortinillas de gasa y como las mariposas en el reflejo de la luz, revoloteaban sobre los cabellos blancos del anciano.

A veces, como saetas felices, cruzaban el aire las voces de los que pasaban. Boulogne Sur-Mer, como nunca, era ese año refugio de miles de turistas que acudían de todas partes del mundo para tomar baños de mar.

En la mañana del diecisiete, el viejo patricio se levantó, y como lo hacía siempre, bien temprano, dió cuerda a su viejo reloj, y lo colocó en el bolsillo superior del chaleco, junto a su corazón, que latía con desusado andar. Apoyado en su bastón, siendo ya las nueve, tropezando, tropezando con los muebles,

pues una neblina opaca como las brumas del Canal, empañaba sus ojos; el viejo general se dirigió a la alcoba de su hija, su amantísima hija. Preveía su fin. Pero quería saber, escuchar la voz familiar, escuchar a Merceditas leerle los diarios, para quedarse dormido así, como si oyese una dulce canción de adiós.

Sentado, como otras tantas veces en la butaca, en su despacho, sintió frío. Comprendió que no era el frío físico de la temperatura. Era un frío más intenso y terrible que nada podía conjurar. Era menos intenso el viento helado de las altas cumbres allá en la imponente Cordillera. No. Este era un temblor intensísimo que penetraba hasta lo más hondo de todo su ser. Era como si miles de algas movibles le fuesen aprisionando lentamente, robando su voluntad que se alejaba como un ala de tul...

Merceditas leía... leía... pero escapaba su pensamiento fuera de allí, robado por un torbellino de recuerdos que le llevaban muy lejos, envolviéndole, tornando su memoria como la pleamar, a la playa de su conciencia. ¿Por qué tenían que manar las aguas del pasado, volviendo otra vez a humedecer su frente? ¿Eso era el fin? ¿Retroceder? ¿Volver a lo que fué?

¡Ah los inmensos campos de batalla americanos! ¡Cómo se iluminaba su alma al contemplar en su ensueño el hermoso camino recorrido!

Algo vibró en su interior con mayor fuerza aún. ¡Ocho!... ¡Nueve!... ¡Diez! ¡Ah! ¡El viejo reloj negro colgado de la pared de su despacho! ¡Marcaba las horas para él otra vez, pero esta mañana, en forma desacostumbrada!

¿Eran más pausadas? ¿Más fuertes? ¿Es que no había interrupción? ¿No estaban sonando las campanadas dentro de su mismo yo? Hizo un esfuerzo para escuchar. Ahora volvía a entender las palabras de su hija. Movió sus oídos en torno. Todo estaba oscuro. Solamente la palabras brillaban dentro de sí.

Trató una vez más de alejar los recuerdos que como una marea golpeaban en su interior. ¡Si pudiera moverse, andar!... Trató de escuchar mejor. Sí. Ahora interpretaba las noticias de los diarios. Eran las últimas noticias que escuchaba del mundo exterior. Serían las últimas que se llevaba de este mundo. Y era Merceditas, la hija de la voz musical, tan semejante a la de su querida Remedios, su compañera, la que leía. ¿No sería Remedios la que estaba allí? ¿Ya estaba muerto junto a su compañera en la felicidad eterna? Volvían las olas a lle-

varlo... Haciendo un esfuerzo logró escuchar. Una alegre noticia decía que esa noche, cerca de la plaza, una kermesse, daría al cielo la música de una banda, y el colorido de los fuegos artificiales. El también podía ir a ver los fuegos de artificio. Podía elevarse con ellos, pasarlos en altura y remontarse en lo infinito de la noche. Iba a contemplarlo todo desde la altura. Su casa, como un broche de diamantes, iba a alejarse en su gran vuelo nocturno como una perla caída en el oscuro mar. Pero él iba a seguir subiendo, elevándose... Esa sería su gran noche de conjunción con el infinito. Nadie podía imaginar que solo, sin ayuda de nadie, sin bastón, iba a salir. Porque esa noche ya no sería de su vida. Lo sabía, firmemente convencido. Pero Mercedes debía ignorarlo. Otra campanada lenta, grave, pausada, y al mismo tiempo, voces familiares que se acercan. ¡Son de este mundo? ¡Ah! ¡Inmensa! ¡Grata sorpresa! ¡Mariano Balcarce y Javier de Rosales, el encargado de negocios de Chile!

Ya están junto a él... Ya le hablan... lo animan. ¡Vaya si está guapo! ¡Ya vendrán los buenos tiempos otra vez! ¡Con tanta atención y amor quién podrá seguir enfermo!

Tardaba en llegar el mediodía. Ambos relojes, el de bolsillo y el de pared menguaban la marcha en el espacio astral.

La mesa reunió a todos, hasta al viejo general, el general que había ganado batallas en Sudamérica, como lo comentaban los pilletes al verle pasar en las mañanitas de brillante sol.

¡Al verle probar algunos bocados, la alegría de la familia fué inmensa! ¡Ah la dicha de verlo sano, de verlo andar otra vez! ¡Y a volar los planes para el futuro después de la convalecencia! ¡Un esfuerzo más... y un largo viaje!... Sí... Sí... Un viaje... ¡Qué dulce suena la voz de Mercedes! ¡Un viaje! ¡Los ojos se empañan más todavía al oírla!... Viaje iba a hacer, sí, pero solo, solo como nunca. ¡Y qué largo viaje! ¡Si supiera Mercedes!... ¡Si por un instante supiese Mercedes que ya le están llamando!...

Tañó la una el viejo reloj.

Cuando sonó otra vez, su voz grave, se hizo más torpe aún.

De pronto, lo imprevisto. El queridísimo anciano, el guerrero de la independencia, el héroe de la Libertad, el Grande, el Libertador, se sintió mal... mal; terriblemente mal, como jamás lo estuvo. Apresuradamente le acostaron en la cama de Mercedes. Aquel viejísimo dolor crecía intensamente en mitad de su cuerpo vencido... Y no era un sueño. Era como una gi-

gantesca planta que de pronto, hubiese aumentado, crecido, llenando todo su organismo, oprimiéndole, cerrando los diminutos conductos de la vida y de la esperanza, algo terrible que crujía en su interior, y al mismo tiempo, cosa celeste y divina, su cuerpo se aligeraba lentamente, elevándose sobre la tierra. Lo sentía... Le llevaban ya. Pero Mercedes no debía verle partir... Se iría solo para el último viaje, más allá de las cumbres, de los mares, de las selvas, de la tierra, más cerca aún del Divino Umbral...

Mariano, humanísimo, supo entender la mirada casi suplicante de aquellos ojos que se velaban como a través de la más sublime de las lágrimas; supo comprender el movimiento de ala de gaviota, de la mano trémula sobre el cobertor, de aquella mano que le imploraba que sacase de allí a su hija para salvarla del dolor ímprobo de verle partir. ¡Le llamaban ya! ¡Iba a obedecer! ¡Oh sublimidad de la flecha tronchada en mitad del vuelo! ¡Levedad de la materia en su vuelo infinito!...

Cruzaba ya Balcarce el umbral de la alcoba, cuando el viejo reloj, desgarró, como un sollozo que llegaba desde lo más profundo de América, sus campanadas: ¡Una!... ¡Dos!... ¡Dos campanadas! Y sin embargo, eran las tres. El viejo reloj, nunca llegó a anunciarlas. ¡Qué misterio insondable atrasó los dos relojes de la casa del viejo general?

Se había detenido, como se había detenido la vida del más generoso de todos los soldados de toda América.

Y las tres eran, las tres de la tarde, aquel diecisiete de agosto de mil ochocientos cincuenta...